

Prácticas contrahegemónicas en un centro de Justicia Juvenil. Insubordinaciones y disidencias a la dominación

Counter-hegemonic practices in a youth justice center: Insubordination and dissent in the face of domination

Marta Venceslao Pueyo
Manuel Delgado Ruiz

Universitat de Barcelona

Resum

El presente artículo aborda las prácticas contrahegemónicas con las que los grupos subalternos enfrentan el descrédito y la dominación a partir del material etnográfico recogido en un centro educativo de justicia juvenil español. Por un lado, cartografía las formas subrepticias a través de las cuales los jóvenes disfrazan la disidencia y oponen resistencia a ciertas prácticas degradantes de la educación correccional. Por otro, elucida la paradoja que parecerían encerrar estas formas de contrapoder: pueden ser leídas como válvulas de escape necesarias para el mantenimiento del orden social, pero también como contraofensivas que marcan límites a la sujeción institucional.

Abstract

I examine counter-hegemonic practices adopted by subordinate groups who are discredited and dominated. To do so, I draw on ethnographic material collected in a school from the Spanish youth justice system. On the one hand, the paper maps hidden ways through which young people cover up dissent and resist the humiliating practices of correctional education. On the other, it elucidates the paradox that these anti-establishment forms seem to entail: they can be read as necessary escape mechanisms for the maintenance of social order, but also as a counter-offensive that sets limits on institutional subordination.

Paraules claus: sujeción institucional, educación correccional, resistencia, tácticas, orden social.

Keywords: institutional subjugation, correctional education, resistance, tactics, social order.

Introducción

Fue en la nota necrológica que le dedicara a Goffman con motivo de su muerte, en 1982, que Bourdieu subrayaba no solo la importancia, sino también la originalidad y la osadía de la mirada del sociólogo canadiense. En efecto, el mérito de Goffman fue, según Bourdieu, que “a través de los indicios más sutiles y las más fugaces interacciones sociales, captaba la lógica del *trabajo de representación*, es decir de todas las estrategias mediante las cuales los sujetos sociales se esfuerzan en construir su *identidad*, en dar forma a su imagen social, en una palabra *en producirse*”. En todo su elogio fúnebre, Bourdieu no hace sino insistir en la virtud que tuvo su colega desaparecido de llamar nuestra atención hacia las formas más infinitesimales de copresencia humana para reconocer en ellas claves acerca de cómo devienen viables las relaciones sociales, entre ellas, por supuesto, las de dominación, esto es, aquellas que encuentran su base en la obediencia voluntaria de unos seres humanos a otros.

El mérito de perspectivas como las de Goffman, y las de las teorías situadas en general, es que nos advierten de algo fundamental: contemplada al microscopio, la existencia social, en cada una de sus interacciones minimalistas, no es la mera concreción en miniatura de las estructuras sociales en que se enmarcan o de principios de acción culturalmente pautados a la manera de un guión que los actores aplican metódicamente. Al contrario, escrutados con detenimiento, los más en apariencia irrelevantes encuentros, los comentarios, chascarrillos, bromas, todo el amontonamiento de acontecimientos comunicaciones menores que conoce la vida cotidiana, nos desvelan como el orden social no tiene nunca asegurado el control sobre el universo que presume ordenar y que requiere constantes ajustes en que, a cada momento, los protagonistas de la vida social hagan manifiesto su acatamiento a ese orden... O no.

En efecto, para Goffman, la interacción es vista como dotada de sus propios mecanismos autorreguladores que se dedican a preservar un orden social de cuya fortaleza aparente se puede dudar y que exige a los intervinientes todo tipo de fingimientos y contrafingimientos que eviten el desastre siempre inminente de la desagregación, lo que convierte a los participantes en cada encuentro social, incluso los que implican esquemas de jerarquización o desigualdad, en una especie de jugadores profesionales, abocados a una práctica casi convulsiva del farol. De este modo, y constantemente, quienes ejercen cualquier tipo de autoridad topan con evidencias de que el sometimiento de sus subordinados no está garantizado y que estos nunca están del todo resignados a ocupar el lugar subalterno que se les ha asignado. O, dicho de otro modo, la ideología dominante es la ideología de los dominantes, no por fuerza la de los dominados (Abercrombie y Turner 1985).

Desde la antropología se han realizado importantes aportes en la descripción y el análisis de las modalidades de resistencia con las que los dominados enfrentan las dinámicas de sometimiento. El marco analítico de la llamada antropología de la resistencia se ha interesado por las formas en que los colectivos oprimidos, estigmatizados o subalternos articulan diferentes formas de contrapoder frente a los procesos políticos, económicos y sociales en los que se encuentran atrapados. Estos trabajos han mostrado que la dominación nunca es tan sólida y estable como pretenderían los grupos de poder, y ello, en primer lugar, porque ningún orden social termina de obtener plenamente la aquiescencia de aquellos a quienes se supone que ordena. Todos los imperativos dejan huecos en los que maniobrar, zonas de ambigüedad atravesadas por inconsistencias y contradicciones (Moore 1978). Incluso en los

dispositivos más férreos de control alcanzan a verse hendiduras que permiten ampliar los márgenes de acción, resistencia y disidencia.

Nos proponemos en las páginas que siguen presentar algunas consideraciones en torno al contrapoder de los dominados a partir de una investigación que abordó la discursividad y la práctica de la pedagogía correccional en un centro educativo de régimen abierto de justicia juvenil español (Venceslao 2012). Se trata del Benjamenta,¹ un centro semitotal –por evocar la institución total descrita por Goffman (2004)– de corrección de “menores infractores”, a medio camino entre la institución educativa y la penitenciaria. El Benjamenta es un centro de pequeño formato (12 plazas) destinado a jóvenes de entre 14 y 18 años que, habiendo mantenido una “evolución positiva” durante su internamiento en régimen cerrado, cumplen la parte final de su condena bajo un ordenamiento que les permite realizar actividades laborales y/o formativas en el exterior. Si bien el régimen abierto presenta una modalidad disciplinaria más laxa que el cerrado, es importante subrayar que los internos continúan sometidos a una reglamentación no menos coercitiva y rígida que en sus centros de procedencia.

Realizadas estas consideraciones a modo de preámbulo, pasamos a concretar las dos nevaduras principales de este trabajo. Atendiendo a una voluntad topográfica nos proponemos, en primer lugar, cartografiar las formas subrepticias a través de las cuales los jóvenes disfrazan la disidencia y oponen resistencia a ciertas prácticas degradantes de la educación correccional. Esto es, mapear las diferentes formas del contrapoder –disidencias, desacatos, fingimientos...– con el propósito de localizar los espacios defensivos que los internos construyen para enfrentar el descrédito y la dominación. Con arreglo a esta perspectiva, trataremos de mostrar que las expresiones de insubordinación que aspergean la cotidianidad del Benjamenta tienen como objeto fijar unos ciertos límites al sometimiento, contrarrestar la maquinaria de servilismo institucional y, por qué no, arreglar cuentas pendientes con aquellos que, ocasionalmente, los degradan –los educadores–. En otras palabras, proponemos un adentramiento en la urdimbre de prácticas que, rehusando el orden dominante, reservan algo de uno mismo fuera del alcance de la institución. Se trata de lo que Scott (2003) denominó *infrapolítica de los desposeídos*, es decir, formas encubiertas de acción con las que los grupos subalternos contrarrestan la sumisión y se defienden de la anulación de sí mismos en situaciones de dominación. Esa *producción cultural* (Willis 2005) nos remite a un entramado de artimañas, burlas y simulacros de adaptación que invierten momentáneamente el orden cotidiano y tranzan eso que Goffman (2004: 73) denominó *un juego astuto*, una combinación oportuna de estrategias destinadas a aumentar las posibilidades de salir indemne de los mecanismos de sometimiento.

Antes de pasar al segundo eje, permítasenos aclarar una cuestión fundamental. Más allá de la perseverancia de los jóvenes a la hora de confrontar lo requerimientos de la obediencia, es necesario aclarar que, durante el tiempo que duró la investigación, la vida cotidiana en el Benjamenta transcurrió con “normalidad”, incluso a pesar –o acaso por ello– de ese archipiélago disperso, pero regular, de puntos de fuga en el orden disciplinario de la institución. El conjunto de la etnografía realizada mostró sin ambages una implacable docilidad de los cuerpos respecto a las disposiciones institucionales.

En segundo lugar, y al hilo de lo anteriormente expuesto, quisiéramos considerar la paradoja o contrasentido que parecerían encerrar las tácticas de resistencia. Y es que, si bien pueden ser leídas como victorias efímeras o pequeños triunfos que jalonan el

¹ Todos los nombres que aparecen en el presente trabajo han sido modificados para preservar el anonimato de sus protagonistas. Hemos tomado el nombre del Centro Educativo de la escuela para mayordomos de la novela de Walser (2009), *Jakob von Gunten*.

alcance de la dominación y proveen de un cierto sentido de dignidad y respeto, aparecerían al mismo tiempo, no sólo como acciones que pueden ser contempladas como contribuciones a reforzar el confinamiento material y simbólico de los degradados, sino también como válvulas de escape necesarias para el mantenimiento y salvaguardia del orden social del centro.

Es precisamente esta aparente antinomia la que nos plantea una interrogación acerca de lo que hace que la vida en lugares marcados por órdenes profundamente asimétricos discurra, como decíamos, con *normalidad*. Como lo hiciera Gluckman (1968) para el análisis situacional de la inauguración del puente en Zululandia, cabría tener en cuenta que, a pesar de las marcadas desigualdades entre dominadores y dominados, y de la estructura de dominación que los confronta, se dan procesos en los que unos y otros no sólo conviven, sino que cooperan entre sí. Esta cuestión nos adentra indefectiblemente en los mecanismos de reproducción social del orden establecido. Esperamos poder dar cuenta de ésta y otras cuestiones en los apartados que siguen.

Tácticas de resistencia a la sujeción institucional

Pasamos a inventariar, *grosso modo*, las diversas estrategias de contrapoder registradas durante el trabajo de campo. Las presentaremos ordenadas en cuatro modalidades. La primera agrupa diversas manifestaciones de desórdenes efímeros: (a) *ajustes secundarios*, (b) insolencias al filo de la punición, (c) insubordinaciones rituales. La segunda modalidad reúne, bajo el paraguas de la cultura cómica, (d) la performance paródica de la propia etiqueta y (e) los mecanismos de inversión. La tercera modalidad es la referida a (f) los simulacros de acatamiento y los juegos de apariencias reeducativas y, por último, la cuarta (g), alude a la demanda explícita de una distancia con el lugar desacreditado que la institución les asigna.

A lo largo de este recorrido, además de prestar atención a las disidencias individuales, nos detendremos especialmente en los espacios de copresencia (cenas, asamblea² o el momento del cigarrillo en la terraza antes de acostarse) en cuanto *nichos* de autonomía en los que, bajo la égida del grupo, los jóvenes larvan eso que Scott (2003) denomina *contrahegemonía*, una cultura que, más que desobedecer o contravenir, distorsiona y subvierte códigos. La exploración de estos microuniversos resulta seminal para nuestro análisis en un doble aspecto. Por un lado, se presentan como grietas que operan a modo de territorio liberado en el que construir y albergar una voz propia, pero también como fisuras en las que implosionar momentáneamente – mediante la burla y la sátira– el orden cotidiano de subordinaciones. Por otro lado, nos interesa en cuanto espacios rituales para la escenificación institucionalizada del conflicto estructural entre dominados y dominadores.

Ahora bien, para completar nuestro cuadro de análisis conviene considerar el aparente contrasentido apuntado con anterioridad. Insistamos: si bien estas acciones pueden ser leídas como victorias efímeras o pequeños triunfos que jalonan el alcance de la dominación y proveen de un cierto sentido de dignidad y respeto, aparecen al mismo tiempo, por un lado, como acciones que contribuyen a reforzar el confinamiento material y simbólico de los degradados y, por otro, como válvulas de escape necesarias para el mantenimiento y salvaguardia del orden social del centro. Esta ambivalencia

² La llamada “asamblea” es una actividad semanal que, según los educadores, trata de fomentar la participación de los jóvenes en la dinámica del centro, ofreciéndoles un espacio para comentar aspectos de funcionamiento, planificación de actividades, informaciones importantes, quejas y sugerencias, etc.

será la tensión de fondo que acompañará nuestro análisis a lo largo de las próximas páginas.

Inventario de ajustes secundarios

Las modalidades de desacato más habituales durante la estancia en el Benjamenta fueron las que Goffman (2004: 63-64) acuñó bajo el término *ajustes secundarios*, infracciones en las que lo relevante, no es tanto la transgresión en sí, como la especial inclinación de los jóvenes a mostrar de forma velada a los educadores que están infringiendo la normativa. Como ya lo señalara Cohen (1971), un aspecto que pudo constatar en estas expresiones de insubordinación es que se trata de prácticas a las que se recurre principalmente por el mero hecho de estar prohibidas.

Apuntamos dos modalidades especialmente recurrentes. Por un lado, fumar hachís durante las horas de “tiempo libre”, especialmente antes de la cena. Se incorporan a la mesa con los ojos enrojecidos y achinados, y con una particular propensión a la risa. Si bien los jóvenes no explicitan abiertamente esa transgresión, fueron habituales los comentarios y gestos velados que parecían querer evidenciar ante los educadores, no sin una pizca de malicia y triunfo, su práctica clandestina. Por otro lado, encontramos la propensión a asomarse a los balcones de las habitaciones, actividad que el reglamento no permite. El centro instaló puertas sin manilla para impedir el acceso al exterior, aun así, todas han sido forzadas para posibilitar su apertura. Lo que nos interesa destacar aquí no es tanto que los internos fueren los marcos, como la especial inclinación a explicitar a los educadores que están infringiendo la normativa. Se asoman con frecuencia a los balcones aun sabiendo que serán vistos, o mejor dicho, a condición de ser vistos. Se trata, en definitiva, de desobedecer la normativa y hacerlo visible a ojos de sus vigilantes acaso para dar cuenta de que todavía conservan una parte irreductible al sometimiento institucional.

Engarzamos estas consideraciones con otro tipo de prácticas: aquéllas tendientes a alcanzar satisfacciones lícitas con medios prohibidos. Me refiero a una serie de acciones, vacías de utilidad intrínseca que, sugerimos, atienden a un mecanismo de defensa de la anulación de sí mismos. Actividades que también se emprenderían con cierta burla y despecho, incluso a costa de las consecuencias que la acción pueda tener sobre el *insurrecto*. Merece nuestra atención la siguiente viñeta³.

Después de la cena le pido a Luciano, el educador, que me relate el incidente de las albóndigas aludido durante la cena. Éste me explica que el día anterior, Kalim había subido el tono de su queja ritual sobre la comida (impugnaciones diarias a la cantidad, calidad, variedad, etc.). En esa ocasión su disconformidad terminó con la decisión de no cenar. Luciano insistió en que lo hiciera, pero el joven mantuvo su posición de forma férrea: no probaría bocado. Terminada la cena, mientras el educador ayudaba a otro interno a fregar los platos, Kalim comenzó a realizar incursiones esporádicas en la cocina para sustraer, con fingido disimulo, las albóndigas sobrantes que estaban en una bandeja sobre la encimera. Luciano se refirió al incidente mostrando un abierto enfado. Decía estar molesto con la actitud de Kalim que consideraba un “vacile descarado”. Por ello, terminó castigándolo sin “tiempo libre” al día siguiente.

Lo interesante del episodio es que el joven entra en la cocina simulando hacerlo a escondidas, con la precisión suficiente como para que el educador se percate del *hurto*.

³ “Viñeta social” es el concepto que emplea Frisby para referirse al tipo de apuntes con que Simmel salpicaba sus escritos, “fragmentos fortuitos de la realidad, fenómenos aparentemente superficiales” (Frisby 1993: 65).

No podemos explicar este tipo de acciones únicamente por el mero placer de saborear los resultados (en este caso, las albóndigas). Más bien podría pensarse que se trata de mecanismos que, sin amenazar el monolitismo de la institución, vuelven a demostrar al amo que se mantiene aún una parcela de autonomía en el acto. No podemos dejar de señalar, y con esto retomamos la doble lectura de la funcionalidad de las prácticas contrahegemónicas, la tolerancia del equipo educativo con algunos ajustes secundarios, cuya intención no sería otra que la de reconquistar el dominio y la autoridad sobre los internos aun a costa de aflojar la aplicación de la normativa en determinados aspectos.

Insolencias al filo...

Con *insolencias al filo* (de la punición) quisiéramos referirnos específicamente a aquellas prácticas de rebeldía cuidadosamente medidas por parte de los jóvenes para no suscitar represalias. Tretas que se tornan difíciles de castigar por lo ambiguo del acto y que conforman una constelación sutil de ajustes secundarios para martirizar profesionales. Las actuaciones de Kalim, joven al que el equipo educativo describe como un maestro en “pinchar donde más te duele”, ilustran esta modalidad de desacato como manifestación de lo que podría entenderse como una suerte de revancha de los internos hacia los educadores o sencillamente, una fórmula de “rechazar a quienes lo rechazan” (Goffman 2004: 310).

La educadora de tarde, Eliana, encabeza la mesa a la hora de cenar. Reparte rítmicamente la comida en los platos que le van pasando los chicos. Cuando le pregunta a Kalim cuántos filetes quiere, éste le contesta secamente: “A ti no te hablo, que pierdo el tiempo” y comienza a mascar entre dientes su queja ritual en relación con la comida: la ensalada de esta noche, de atún, sólo tiene el nombre.

Atendiendo a los comentarios de los profesionales recogidos durante el trabajo de campo, no creemos errar si afirmamos que este tipo de tormentos son del todo eficaces, es decir, resultan eficientemente molestos. Abundaré más adelante en la dimensión de estas tácticas como mecanismos de resarcimiento. Por el momento, sin embargo, nos parece esencial apuntar su dimensión estratégica. Los jóvenes tantean y calculan los márgenes de maniobra para que sus muestras de indisciplina no conlleven una sanción. Me refiero a insubordinaciones *funambulescas* que tratan de mantener el equilibrio cuando la coyuntura institucional lo permite.

Álex sostiene, en sintonía con otros miembros del equipo educativo, que los jóvenes “sacan sus actitudes chulescas y provocadoras” cuando saben que su condena está por finalizar. Señala la frecuencia con la que internos que se habían conducido con obediencia y corrección hasta ese momento, “se vuelven incumplidores”. Apostilla que ese tipo de desacatos, y esto nos parece lo más relevante, responden a una estrategia consciente de los jóvenes para “llevar a los educadores al límite”. Se trata, dice, de “hacerte pagar el tiempo de condena”. Tales apreciaciones nos invitan a explorar otra lectura posible de las prácticas de desagravio. Nos referimos, como apuntamos anteriormente, a su dimensión como instrumentos de revancha hacia aquellos que, en cierto modo, los doblegan. Aunque no todas se despliegan con el grado de temeridad de la viñeta anterior, podemos decir que estas prácticas, más allá de la sutileza con la que son implementadas, se juegan siempre en los límites de la sanción.

Otras modalidades de mortificación del personal registradas durante el trabajo de campo fueron la indiferencia; la difamación; el ensañamiento con el personal de menor jerarquía y/o más endeble; y los desplantes. En ras a la brevedad, consideraremos únicamente la difamación, o más concretamente, el chisme malintencionado, que como Scott (2003) señala, es una forma elemental, pero segura, de ataque disfrazado. Traemos a colación la particular campaña difamatoria que Kalim emprende contra Perico, uno de los veladores de noche. El joven fue diseminando paulatina y subrepticamente entre internos y educadores la acusación de que Perico se masturbaba con revistas pornográficas durante su turno de trabajo, hecho que causó un profundo malestar en el velador durante varias semanas. Este episodio se encabalga con el ensañamiento. Los jóvenes del Benjamenta se muestran especialmente irreverentes con el personal más débil en términos de posición en la estructura del centro y/o de carácter-temperamento. Las educadoras sustitutas, por lo general mujeres muy jóvenes, devienen uno de los principales objetos de martirio, pero también los veladores y el personal de servicio.

Insubordinaciones rituales

Quisiéramos sugerir que los antagonismos y las asimetrías entre jóvenes y educadores son expresados pública y ritualmente en forma de dramas de conflicto. Distinguiremos en el presente apartado dos de las modalidades habituales que escenifican estas tensiones. Unas toman cuerpo a través de lo que podríamos entender como rituales de rebeldía. Otras se encarnan en formas más inorgánicas e insublimables. Nos referimos con esto último al rumor de quejas litúrgicas por parte de los jóvenes, en las que el refunfuño parecería ser un acto reflejo de los internos ante los mandatos de los educadores. Las peticiones para poner o quitar la mesa, fregar los platos o participar en los talleres despiertan de forma sistemática protestas de diversa intensidad. A pesar de ellas, ni los chicos desobedecen el imperativo de los educadores, ni estos disminuyen su disposición a comandar, es decir, la queja no modifica el quehacer frente a los internos. Podría argüirse, entonces, que la disconformidad murmurante que permea la vida cotidiana del centro no responde tanto a la posibilidad de lograr un cambio efectivo en la dinámica de sometimiento, como al intento de transmitir a los dominadores la presión del descontento evitando, al mismo tiempo, ser objeto de represalias. Estas modalidades de protesta velada cohabitan con formas más elaboradas de teatralización. Insinuamos con ello una suerte de performance de rebelión que los jóvenes habitúan a escenificar en los espacios de reunión, como serían las comidas y las cenas donde, como apuntábamos, manifiestan con repetitividad ritual su desagrado sobre la cantidad y calidad de la comida.

Estas protestas dramatizadas pueden ser acrisoladas a la luz del doble papel que Gluckman (1963) le otorgó a los rituales, a saber: enmascaramiento y reparación. Nos referimos a la función de enmascaramiento en tanto el ritual se activa para ocultar o velar los principios sobre los que se sustentan un sistema social desigual. Las liturgias de descontento vienen a camuflar las causas estructurales de los conflictos propios de una situación de dominación. La segunda función nos remite a su papel profiláctico en el sentido que no resuelven los conflictos, pero sí alivian las tensiones, a la manera de lo que las teorías cibernéticas del ritual llamaron servomecanismos de retroalimentación o *feedbacks* negativos (Beatson 1976) contribuyendo, en este caso, a la cohesión de la microsociedad benjamentiana.

Resulta significativo observar que los educadores transigen con este tipo de protestas –con más resignación que inconformismo– a pesar de la zozobra que parece producirles. No obstante, sin soslayar que estos rituales suponen una institucionalización de la protesta que coadyuva al mantenimiento del orden (Gluckman 1963: 112), cabe subrayarse su interés en cuanto estrategias efectivas y seguras de disentimiento y mortificación de educadores. Se trata de tácticas que también responderían a esos equilibrios que se mantienen justo al límite de la insubordinación para no ser sancionados.

Performance paródica sobre la propia etiqueta

Merece ahora nuestra atención la recurrencia con la que los jóvenes caricaturizan la etiqueta *joven delincuente*. Además del reiterado “hasta luego; me voy a delinquir” como despedida cada vez que salen del centro, encontramos otras microparodias a propósito del estigma que parecerían tratar de mantener una distancia con la marca desacreditada que les es asignada.

Amadeo se incorpora a la mesa del comedor unos minutos después de las 13.30 h cuando ya estamos todos sentados en la mesa. Es la hora de comer. Antes de que el educador le pida explicaciones por su retraso, Daniel, otro interno, simula una reprimenda adoptando un registro de voz grave: “A ver, Amadeo, danos una buena excusa. ¿Por qué llegas tarde? ¿Qué has ido a robar esta vez? Estás castigado.”

Minutos más tarde le pregunto a Amadeo qué cursillo de Formación Ocupacional está realizando. Me dice que el de reparación de bicicletas y añade que anteriormente había hecho un curso de carpintería y otro de camarero, a lo que Daniel apostilla de inmediato: “Joder, no veas qué de cosas eres, Amadeo: carpintero, camarero, delincuente...”

Sin elidir este fenómeno como un efecto de la fijación institucional de la etiqueta, por la que los propios jóvenes terminan estigmatizándose a sí mismos, proponemos analizar estas parodias como un revulsivo que desactiva la mácula mediante la hipérbole de la representación, al mismo tiempo que como modalidad de burla velada hacia aquellos que los afrentan. Nos aventuramos a plantear el recurso de la sátira sobre su propio estatus como una práctica provocadora –y paradójica– de insumisión; como si a base de ridiculizar el estigma, le restaran fuerza y alcance.

Por otro lado, queremos hacer notar el uso del sarcasmo como medio para parodiar el control disciplinario y con él, a sus guardianes. El subterfugio de la ironía, desplegado en ocasiones con astucia, deviene artefacto para marcar una distancia respecto a la situación en la que se encuentran. Este recorte etnográfico a propósito del incidente de las albóndigas, nos aproxima a la burla como modalidad contrahegemónica de resistencia.

La cena comienza con la insurrección ritual de Kalim. Sentado en el extremo opuesto de la mesa, se lamenta en esta ocasión de que la cena es poco copiosa y el menú, muy repetitivo. El proscenio va animándose paulatinamente con charlas, intercambio de chanzas y risas. Nabil, Miguel y Tito parecerían haber fumado hachís en su hora de “tiempo libre”. Sentados en la mesa, el primero me pregunta por mi bicicleta: “¿No te la han robado todavía?”.

Mientras converso con Santos, otro interno, acerca de cómo le fue el día, escucho el rumor quejumbroso de Kalim que vuelve a protestar no sé muy bien por qué. Reparo en que el joven le niega la palabra y la mirada de forma ostensible a Luciano, el educador, cuando éste le pide que le alcance la jarra

de agua. Más tarde el educador le pregunta si quiere una de las milanesas que se dispone a servir al resto de comensales. Kalim procede de nuevo a ignorarle manifiestamente. Es entonces cuando, dirigiéndose a mí, me interpela inopinadamente:

“Marta, ¿tú crees que es normal que me hayan castigado hoy sin salir por comerme una albóndiga?”

Prosigue con su exposición dirigiéndose ahora al conjunto de los congregados: “Entonces, cuando me pelee con alguien, me enviarán a Guantánamo... ¡O peor aún: directamente a la silla eléctrica!”

Trato de reprimir la risa, pero me resulta imposible.

Rituales de inversión y desórdenes dramatizados

Concluida la cena, Eliana se pone de pie y anuncia a los jóvenes el primer punto del orden del día de la asamblea: la laxitud de los internos en los hábitos de limpieza durante la última semana. El anuncio despierta en los internos un murmullo de protestas y comentarios a media voz. Los jóvenes dicen querer salir a fumar a la terraza y concluir cuanto antes la asamblea. La educadora, que intercambia miradas frecuentes con Luciano, pasa a imputarles varios cargos: orinar más allá de las fronteras de la taza del váter, dejar los escupitajos en el lavamanos y, en último lugar, desamparar restos de caca en el retrete. Tras un breve silencio de pocos segundos, estalla simultáneamente entre los jóvenes una coral de carcajadas lideradas por Miguel, uno de los principales protagonistas de una escena que podríamos titular *La revancha escatológica*. Entre risas y aspavientos el joven inaugura lo que parecería un improvisado concurso de alegorías fecales en que los participantes compiten por soltar el comentario más soez, la broma más grosera. El “pastel flotante” y el “chorongo movedizo” dan paso a controversias más serias como, por ejemplo, la consistencia y longitud excrementicia de los comensales en los últimos días. Los chicos ríen y bromean abiertamente aumentando paulatinamente la intensidad del bullicio. Parecen protagonizar una velada propia a la que los demás sólo estamos invitados en calidad de espectadores. Eliana y Luciano tratan en vano de poner orden y acallar la pequeña insurrección. “¿Queréis dejar de comportaros como niños de preescolar?!” dice la educadora y, con gesto grave, amenaza: “Si no mantenéis los baños limpios, a partir de la semana que viene los fregaréis vosotros mismos.” Trato con todas mis fuerzas de mantener la compostura, pero termino dejándome contagiar por el jolgorio que parecería diluir por unos instantes la atmósfera soporífera del centro. Los educadores no desisten en su empeño por aplacar el alboroto, pero los jóvenes prolongan todavía unos minutos más su ceremonia festiva hasta que los ánimos se sosiegan y la asamblea prosigue con el segundo punto del orden del día: hace varios días que dejan sin lavar los vasos que utilizan en la merienda. Eliana se muestra taxativa: “A partir de mañana cenaréis con los vasos sucios.” (Murmullo de protestas.) Supongo que no quiere dar pie a otra revuelta. Fin de la asamblea.

La permanencia en el Benjamenta permitió localizar y analizar lo que, siguiendo a Bajtin (1971), podríamos llamar *cultura cómica* del centro, prestando especial atención a la burla como mecanismo que permite ciertas formas contrahegemónicas de distorsionar y subvertir los códigos del internamiento.

Determinados espacios de copresencia –el comedor a la hora de la cena, la sala donde se realizan las asambleas o la terraza donde los internos se juntan a fumar– funcionan a la manera de lo que Goffman (2004: 228 y ss.) llama “lugares libres” en alusión a los espacios circunscriptos en los que se da una cierta cooperación entre vigilantes e internos en orden a que se relajen los niveles ordinarios de control. En el caso del Benjamenta, escenarios como los indicados permitían gestar ciertos nichos de autonomía en los que, bajo la égida del grupo, los jóvenes generan una suerte de microuniversos que operan a modo de territorio liberado en el que implosionan, momentáneamente, el orden cotidiano de subordinaciones mediante el uso de la ironía y la sátira. No socavan la sujeción institucional, pero ofrecen la posibilidad de un ordenamiento distinto.

La cultura cómica viene marcada por dos de los elementos que Bajtin (1971) señalara para el tiempo carnavalesco, a saber, la prevalencia de la risa y la exaltación de lo grotesco. Quisiéramos introducir algunas consideraciones al respecto. En primer lugar, la carcajada en estos espacios cumple una doble función ritual. Por un lado, funge como mecanismo que permite estallar el orden, y por otro, es un elemento de catarsis. La risa conjunta es ingobernable, y como ella, las situaciones a las que da lugar. Los educadores no pueden oponer resistencia a su empuje y es precisamente en su indomesticabilidad que reside su interés. La escena de la asamblea, pero también otros momentos de las cenas, muestran la perturbación del orden a través de la desfiguración de lo serio, en este caso, la amonestación de los educadores. Lo sagrado –la disciplina y la obediencia– recibe por parte de los jóvenes un tratamiento burlesco. En segundo lugar, obsérvese cómo la exaltación de lo grotesco sitúa lo escatológico en el epicentro de la escena, disparando la risa. La ruptura del orden cotidiano adopta el aspecto de un espectáculo de hilaridad. Irreverencias que toman cuerpo a través de lo que Bajtin (1971: 61 y 100) denomina *comicidad verbal de baja estofa*. El chorongito movedizo o el pastel flotante son las groserías que se ponen a circular en escena.

Diríase que, en el Benjamita, lo terrible cohabita con lo cómico. Acaso reírse de su desgracia sea una forma de revertir el horror. La dramaturgia burlesca como contrapunto al espanto nos permitiría sugerir otra explicación plausible a la existencia de la cultura cómica como forma de resistencia. Si lo serio queda del lado de la autoridad y la prohibición –intimida e infunde miedo–, la risa implicaría la superación de ese temor. El lenguaje de la risa no impone ninguna restricción, por eso nunca es empleado por los dominadores.

Para los jóvenes, que pasan gran parte del día imbuidos en la dinámica del internamiento, estas fisuras espontáneas son un espacio de liberación. El Benjamita muestra una cierta permisibilidad ante las conductas bufonescas. Hemos tratado de mostrar que parte de esta tolerancia está fundamentada en su funcionalidad para desplazar y aliviar tensiones, y con ello, salvaguardar la gobernabilidad del centro. Una vez que se abre un punto de fuga a la presión del sometimiento, los internos podrán regresar con más facilidad a la rutina de la dominación. Añádase que los educadores saben de la indocilidad de este tipo de movilizaciones rituales. Es más estratégico consentirlas, hasta un cierto límite, que reprimirlas. Puede inferirse que la transigencia no dejaría de ser un mecanismo de control para el mantenimiento del orden. No obstante, volveríamos a incurrir en un análisis miope si las redujéramos a una mera dádiva institucional por la que los dominadores permiten a los subordinados que jueguen a rebelarse de vez en cuando.

Estos subterfugios rituales, como hemos sugerido, se prestan a ser leídos también como ambiguos triunfos que los subordinados logran arrancar a los dominadores. Victorias efímeras que no sobrepasan los límites del espacio-tiempo en el que se producen. Tras ellas, la corriente del centro vuelve a su cauce habitual. Sabemos que estos archipiélagos de inversión no subvierten la estructura de sometimiento, ni suponen una transformación en el orden de subordinaciones. Sin embargo, abren grietas en la dinámica del sometimiento que ponen sobre aviso a los dominadores de la existencia de una parte irreductible. Es cierto, no se trata de movimientos telúricos cuya intensidad propicie una transformación estructural, pero sí de pequeños espasmos que vienen a recordarnos que el orden del mundo no es inmutable.

Reproducción del discurso del Amo

Podemos incluir la interpretación del papel *joven-delincuente-en-proceso-de-reinserción* como otra más de las modalidades de resistencia. Podría pensarse que su objeto no es otro que influir favorablemente en los informes de seguimiento realizados por los educadores que constituyen, a su vez, una de las piedras angulares del expediente judicial a partir del cual se decidirán los posibles cambios en el régimen de internamiento y la concesión de permisos y prebendas. Trabajando con y dentro de la economía cultural dominante (de Certeau 2007: XLIV), los jóvenes confeccionan su papel a partir del discurso de la pedagogía correccional y los efectos recalificadores esperados. La representación gravita, por lo tanto, en torno al aparente consentimiento a la intervención educativa y a la exhibición de sus supuestos enderezamientos.

El espacio por excelencia para observar estos *ajustes situacionales* (Moore 1978) fueron las entrevistas. Veamos el siguiente recorte en que Miguel habla de los efectos educativos operados en él.

Antes no pedía las cosas “por favor”, no decía “gracias”, no m'ajuntaba con gente..., y decía: “mira, éste es un mierda.” Yo ahora m'ajunto con todos los que me tengo que juntar, aunque no los conozca..., de mi barrio, de todos los barrios del centro... Como si es chino; da igual. Voy a hablar con toda la gente... Y ahora digo: “por favor, quiero algo”, “por favor, déjame una llamada.” [Se refiere a pedir permiso para realizar una llamada telefónica desde el centro.] Y si me la dan, pues “muchas gracias”. Antes no era así: No me das un cigarro, pues te robo.

Transcripción entrevista.

Como actantes disciplinados, despliegan estratagemas y subterfugios que les permiten salvaguardar la imagen propia, manejarse a sí mismos en la relación con el otro y comportarse adecuadamente en ese contexto. La puesta en escena durante la entrevista expresó el mensaje deseado de forma inequívoca: estoy aprendiendo a ser “mejor persona”. Se trata principalmente de mostrar que están siendo capaces de remodelar su *ser*, axioma último de la llamada *reeducción*. Este recorte corresponde a un fragmento de la entrevista con Tito.

Marta: Cuando conversaba con los educadores, algunos dicen lo siguiente –quería contrastarlo contigo–: tienen la percepción de que hay jóvenes que necesitan pasar un tiempo en un centro cerrado cuando el chico ha entrado en una espiral que no puede parar; que necesita un límite. Los educadores dicen “desbravarlos” y que, después de quitarle la bravura, los pasan aquí, que es un centro abierto, más tranquilo, para terminar de “pulirlos”. Así es como dicen, “pulir”, terminar de arreglar...

Tito: ¿Cómo? ¿Qué le quitan la delincuencia y lo traen aquí para...? ¡Pues sí! Yo creo que es eso. Me parece perfecto, porque hoy en día hay niños de doce años y están matando o robando, que están haciendo de todo y no es normal.

M: ¿Qué opinión te merecen los compañeros que no se portan bien, los que están adentro [centro cerrado]?

Tito: Los que están adentro son los que te digo yo, los que no se comportan. Pá gente así, que no se comporta, es carne de cañón, que se pasa ahí toda su vida porque no les gusta trabajar, ni tener una familia en condiciones... Y lo más bonito en esta vida es estar bien con todos, con tu familia y tener lo básico: tu trabajo, tu casa de alquiler o casa propia...

(...)

M: Para finalizar Tito, ¿de estos cuatro años y medio [de internamiento], qué te llevas?

Tito: Que he aprendido la lección. He aprendido la lección de la delincuencia; o sea, que la delincuencia no vale pa'ná. Porque la delincuencia lo que te hace es dilynquir y dilynquir, drogas y

Pascual. Aquí te das cuenta que te hace falta tu familia, la libertad, estar en la calle... ¿Sabes cómo te digo?

M: Esa sería, digamos, la lección “buena”. ¿Y la mala?

Tito: Pues lo malo ni lo quiero ver yo, ¿sabes cómo te digo?

Transcripción entrevista.

Scott (2003: 65) ha observado que si es interpretado con habilidad, el teatro del poder puede convertirse en un instrumento de resistencia. Lo que desde arriba se puede ver como la imposición de una actuación, desde abajo puede verse como una sutil manipulación por conseguir los fines propios. Recuérdese que una representación apropiada de los supuestos resultados reeducativos podía influir favorablemente en los informes de seguimiento que elaboran los educadores. De lo que se trata, en última instancia, es de mostrar que se está comprometido con el ideario de la institución y su finalidad rehabilitadora.

Expresiones de desmarcaje

La mayor parte del material etnográfico recogido muestra a los jóvenes como actores que, con distintas técnicas dramatúrgicas, interpretan disciplinadamente su papel de *desviado*, exhibiendo y, en ocasiones, alardeando de la supuesta malignidad asociada a su estatus. Sin embargo, no podemos dejar de prestar atención a ciertas irrupciones en la representación que parecen querer romper con el guión (pre)escrito. En lo que sigue, nos proponemos elucidar aquellos movimientos de ruptura que parecieron indicar en los chicos la voluntad de mantener una distancia con el lugar desacreditado que se les adjudica. Estos intentos de desidentificación del rol darían cuenta de la resistencia a dejarse subsumir enteramente por el estigma y alejarse, de algún modo, del confinamiento simbólico de la etiqueta *joven delincuente* y su correlato de atributos degradantes.

Una de las principales formas de desmarcaje del descrédito consistió en vindicarse como portadores de un cierto sentido de probidad. En la siguiente viñeta, que si se nos permite el guiño cinematográfico podríamos titular *Los ladrones somos gente honrada*, Tito y Kalim parecen defender el reconocimiento de una posición moral propia, como si con ello quisieran ser identificados en un lugar distinto y distante de la deshonestidad que acompaña al estigma delincuencia. Wacquant (2004) hizo notar, a propósito de su trabajo sobre los jóvenes del gueto negro chicaguiano, la necesidad de contar con capital simbólico –y económico–, especialmente para quienes no sólo carecen de él, sino que además acumulan un capital simbólico negativo. Tal vez, los movimientos aquí analizados estén en sintonía con esta apreciación. En este sentido, tales rupturas con el papel pueden ser inferidas, asimismo, como movimientos *en busca de respecto* (Bourgois 1997).

Poco después de comer, en el umbral de la puerta que separa el comedor de la sala de la televisión, les pregunto a Tito y Kalim por uno de los comentarios que les había escuchado durante la comida acerca de un mendigo. Ambos se muestran solícitos a mi petición y me cuentan animadamente que la semana anterior, cuando regresaban en tren al Benjamenta, encontraron un “indigente” pidiendo dinero en el vagón. Se dirigieron a él y lo invitaron a que fuera con ellos al centro para pedirle al educador que le diera un bocadillo para comer. Ante mi muestra de interés por la anécdota Kalim me interpela: “¿Pero qué te piensas, que nosotros no somos personas o qué?!”

Tomemos ahora unos comentarios de Rashid, recogidos durante una conversación distendida, en relación con lo que podría entenderse como un código de honor propio. Esta es la transcripción aproximada.

Rashid plantea con aplomo que es una persona con “principios” y trata de ejemplificar su afirmación situando por un lado que él no roba a los que no tienen, a la “gente pobre” y, por otro, que siempre ha tratado de evitar el enfrentamiento directo con las víctimas en sus incursiones delictivas. Añade una anécdota con la que dar cuenta de su integridad: cuando tomaba el tren desde su barrio para ir a robar al centro de la ciudad, solía ver en la estación a un hombre indigente acompañado de su perro. El joven le compraba un bocadillo de carne –“de esos marroquines”, aclara indicando con las manos su considerable tamaño–, que el hombre partía por la mitad y daba una de las partes al perro. “¡No veas, el tío!”, exclama con una mezcla de admiración y respeto ante el gesto del hombre.

Consideraciones finales

Si una institución correccional es un terreno fértil para la proliferación de fisuras en la estructura de sujeción, las insubordinaciones no pueden ser otra cosa que una respuesta esperable. Aun en condiciones en las que los dispositivos reeducadores implementan una importante función de sometimiento y deterioro del estatus, se registran operaciones de resistencia en los jóvenes que les permiten desafiar el forzamiento a la sumisión institucional y distanciarse de algunos atributos infamantes. Incluso a pesar de que estos episodios disruptivos no tengan siempre un carácter consciente, crítico y deliberadamente opositor, permiten al interno demostrar que le queda algo de autonomía invulnerable al influjo de la organización. Cuenta de ello da el entramado de fricciones que erupcionan en la superficie aparentemente uniforme y regular de la estructura social del centro, advirtiéndonos del antagonismo existente entre internos y educadores.

El análisis de estas prácticas, a las que dotamos de un carácter ritual, ha estado atravesado por la tensión de su ambivalencia: pueden ser leídas como pequeños triunfos de los dominados, al tiempo que como válvulas de escape necesarias para el mantenimiento del orden social de la institución. Nuestra intención no ha sido otra que la de articular este aparente contrasentido. La inversión del orden no es su derrocamiento, sino un elemento para constituirlo e, incluso, reforzarlo. Eso que pudiera antojarse paradójico resulta ser, en realidad, la más viva manifestación del orden de las cosas y de la naturaleza del poder. En palabras de Balandier (1994: 72) diríamos que “ningún sistema existe sin contrasistema(s)”. Es obligado en este sentido referirnos a la teoría del *double bind* de Bateson (1976) y su interpretación sobre la naturaleza esquizoide del orden social, esto es, el contrasentido que encierran las órdenes de desobedecer, como aquellas que de algún modo atienden los internos al hacer previsible, y hasta cierto punto deseable, su conducta aparentemente descontrolada.

Volvamos a la tesis de Gluckman (1968: 1-27) sobre el efecto reparador de la escenificación del conflicto en el orden de la vida social. Podría decirse que su ritualización sirve para descargar las tensiones provocadas por las fricciones cotidianas y los choques de intereses de los grupos enfrentados. Las subversiones cíclicas tendrían, por lo tanto, un efecto de liberación controlada. La transigencia para con ciertas transgresiones de las reglas podría resultar señal de su fuerza y capacidad de dominio. Podría esgrimirse, siguiendo esta línea argumental, que la manifestación de fracturas y descontentos funcionan como mecanismos necesarios de liberación catártica que apaciguan cualquier conato de rebeldía incontrolable entre aquellos que ocupan

posiciones de subordinación. La escenificación de la indisciplina y la protesta elide cualquier tipo de perturbación, salvaguardando la unidad y el equilibrio del sistema social. La permisibilidad por parte de la institución contribuye a reproducir su estructura de dominación. En suma, podría decirse que la puesta en escena de las prácticas de rebelión e inversión cumplen un papel profiláctico (Díaz 1998: 212), no resuelven los conflictos, pero sí alivian las tensiones y contribuyen a eliminar las perturbaciones. Funcionarían, según el paradigma estructural-funcionalista, como encubridores de los principios sobre los que se sustenta un sistema desigual.

La microsociedad benjaminiana se dirige, como todas las sociedades, en el juego del *orden* y el *desorden* (Balandier 1994: 72). O como sugiere Gluckman (1968: 26 y 47), en un movimiento –inherente a toda estructura social– de *fisión* y *fusión*, esto es, de conflicto y superación del conflicto como dos aspectos del mismo proceso social. O incluso, por evocar el referente teórico provisto por la sociocibernética, a la manera de un mecanismo homeostático de control que interacciona constantemente para mantener un determinado sistema “refrigerado”, es decir, evitando un calentamiento excesivo como consecuencia de los continuos “roces”, que no son sino evidencias de la naturaleza intrínsecamente conflictiva de toda sociedad.

Quisiéramos sugerir con todo ello una dinámica permanente de enfrentamiento y cooperación, organizada a partir de la lógica de dominación que determina, al mismo tiempo, las formas de dicha colaboración. Las fricciones, contradicciones y diferencias, y los factores que las superan, demuestran ser la estructura de una comunidad. Ambos grupos –internos y educadores– constituyen un único sistema social conformado por dos sectores encontrados que constituyen, paradójicamente, la base de la unidad estructural del Benjamita. Pero insistimos, es en el dominio institucional en el que se encuentra el factor principal para comprender la estructura social de este tipo de lugares.

Llegados a este punto, podría objetarse un abordaje de los conflictos que los jóvenes escenifican marcadamente escorado hacia la continuidad de la estructura y no tanto, utilizando la terminología turneriana (1998), hacia la antiestructura y el proceso. Si bien nos alineamos a la tesis funcionalista que sitúa en estos desórdenes efímeros la preservación y la restauración del orden, más que la posibilidad de cambio que ofrecen estas situaciones, resulta necesario aclarar, a modo de conclusión, que no restamos aliento a los fenómenos disruptivos en cuanto mecanismos de resistencia. Es más, la tesis principal que ha vertebrado el análisis, al menos ésta ha sido nuestra intención, los considera principalmente como contraofensivas que marcan límites a la dominación institucional y contrarrestan parcialmente sus engranajes de sujeción, además de proveer un cierto resarcimiento por el agravio que suponen las prácticas degradantes. Pero también, y acaso sobre todo, este tipo de conductas están permanentemente sugiriendo la posibilidad de quiebra de un sistema de dominación que subsiste gracias a la colaboración de los dominados, colaboración que podría interrumpirse en cualquier momento si estos se negaran a obedecer, ahora ya no en forma de juego compensatorio sino “en serio” y de manera definitiva.

Sería un análisis incompleto contemplarlos únicamente como válvulas de escape. Sabemos que la disidencia se expresa casi siempre a través de prácticas dirigidas a renegociar discretamente las relaciones de poder. Lo que hemos querido demostrar es que, a pesar de que las formas de contrapoder de los jóvenes carezcan de potencia constituyente, esto es, no den lugar a la emergencia de nuevas formas de organización ni supongan ajustes estructurales en la maquinaria de la dominación, éstas vienen a avisar de su fragilidad y agrietar persistentemente su mecánica, dejando al descubierto los límites en el ejercicio del poder y advirtiéndolo que no todo puede ser domesticado. Este

trabajo no ha pretendido ser más que una contribución, modesta e incompleta, en esta dirección.

Bibliografía

- ABERCROMBIE, N. y TURNER, B.S. (1985) "La tesis de la ideología dominante", *Zona Abierta*, 34-35, pp. 151-179.
- BAJTIN, M. (1971) *La cultura popular en la edad media y renacimiento*, Barcelona: Barral.
- BALANDIER, G. (1994) *El poder en escena. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona: Paidós.
- BATESON, G. (1976) *Pasos para una ecología de la mente*, Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohl.
- BOURGOIS, P. (1997) *In search of respect. Selling crack in El Barrio*, Cambridge: Cambridge University Press.
- CERTEAU, M. D. (2007) *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*, México D.F.: Universidad Iberoamericana.
- COHEN, A. (1971) *Delinquent boys*, New York: The Free Press.
- DÍAZ, R. (1998) *Archipiélagos de rituales. Teorías antropológicas del ritual*, México D.F.: Anthropos-UAM.
- GLUCKMAN, M. (1963) *Custom and conflict in Africa*, Oxford: Basil Blackwell.
- GLUCKMAN, M. (1968) *Analysis of a Social Situation in Modern Zululand*, Manchester: Manchester University Press.
- GOFFMAN, E. (2004) *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Madrid: Amorrortu.
- MOORE, S. F. (1978) *Law as process*, London: Routledge & Kegan Paul Ltd.
- SCOTT, J. (2003) *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla: Txalaparta.
- TURNER, V. (1998) *Schism and continuity in an African Society*, Manchester: Manchester University Press.
- VENCESLAO, M. (2012) *Pedagogía correccional. Estudio antropológico sobre un centro educativo de Justicia Juvenil (Tesis doctoral)*. Universidad de Barcelona.
- WACQUANT, L. (2004) *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*, Madrid: Alianza.
- WALSER, R. (2009) *Jakob von Gunten*, Madrid: Siruela.
- WILLIS, P. (2005) *Aprendiendo a trabajar*, Madrid: Akal.

© Copyright *Marta Venceslao Pueyo y Manuel Delgado Ruiz*, 2017

© Copyright *Quaderns-e de l'ICA*, 2017

Fitxa bibliogràfica:

Venceslao Pueyo, M. y Delgado Ruiz, M. (2017), “Prácticas contrahegemónicas en un centro de Justicia Juvenil. Insubordinaciones y disidencias a la dominación”, *Quaderns-e de l’Institut Català d’Antropologia*, 22 (1), Barcelona: ICA, pp. 172-187 [ISSN 169-8298]

